

(Renato Lunelli, *L'Organo*, «Enciclopedia della Musica», Ricordi, Milán, 1964, tomo tercero, pág. 329). Son, en cambio, ciertos los siguientes hechos: Constantino Coprónimo donó uno a Pipino el Breve; el órgano llegó a Compiègne el año 757 y se afirma expresamente que tenía tubos de plomo; en 826 fue enviado el presbítero veneciano Giorgio, experto constructor de órganos, al rey de los francos Ludovico Pío, debiéndose a su arte el instrumento de Aix-la-Chapelle de Aquisgrán: varios años después el papa Juan VIII (872-880) pide a Anno, obispo de Frisinga, un artista capaz de construir y de tocar el órgano; según H. Anglés existieron en España desde muy antiguo, principalmente en Cataluña, y lo corrobora con la mención de dos: uno en la iglesia de Tona, correspondiente al año 888, y otro en el monasterio de Sant Benet de Bages, perteneciente a 927.

A partir del siglo X el uso del órgano se generaliza en el occidente cristiano. Pero no se trata, por lo general, de órganos monumentales sino de instrumentos de modestas proporciones, tales que permitieron ser apoyados sobre una mesita e incluso sobre las rodillas del propio organista. Son los órganos portátiles llamados por esto «portativos». Constan de una caja rectangular sobre la que se colocaban los tubos dispuestos en una, dos o tres filas con el teclado, de nueve a doce teclas, a sus pies. Como puede comprenderse en este instrumentillo no podía tocarse más que con una mano, disponiendo

de la otra para dar al fuelle. Sucesivamente se difunden los órganos «positivos», de mayor tamaño que los anteriores. Disponían de un teclado más extenso que permitía la utilización de ambas manos mientras el fuelle era accionado por otra persona. Este instrumento, que se fijaba en el suelo, no desaparecerá; cuando el órgano se agranda y aumenta a dos el número de teclados uno de éstos se llamará «positivo» porque responde a las características del originario.

En el siglo XIII el órgano era ya de uso frecuente en las iglesias según lo atestiguan diversos documentos, como inventarios, testamentos, crónicas, iconografías y otros.

Para llenar las naves de las nuevas catedrales el órgano positivo era insuficiente. Se hace patente la necesidad de una sonoridad más robusta, más voluminosa, más rica. Para conseguirlo, aparte de otras mejoras de la mecánica, se agranda el secreto a fin de que pueda recibir mayor número de tubos al mismo tiempo que se alarga el teclado con la adición de nuevas teclas. Según Sandro dalla Libera (*L'Organo*, Ricordi, Milán, 1956), de quien copiamos todas estas noticias casi al pie de la letra, hacia el año 1365 el teclado constaba de 31 notas, alcanzando cuatro octavas hacia la mitad del siglo XV, época en la que las teclas, anteriormente de gran longitud, adoptan la forma hoy en uso (Luigi Ferdinando Tagliavini, *Organo* en «La Música», enciclopedia histórica UTET, Turín, 1966, tomo III, pág. 625).

En las postrimerías de la Edad Media el instrumento había alcanzado un alto nivel de desarrollo, «superior, ciertamente, al nivel conseguido por las composiciones orgánicas», apreciación de Renato Lunelli con la que estamos totalmente de acuerdo.

La invasión de Europa por el órgano es un hecho incontestable en el siglo XV; ya no hay rincón donde no haya penetrado. Por lo que a España se refiere, se tiene noticia de su existencia en Barcelona el año de 1529; en Salamanca, en 1380; en Toledo, en 1388; en Zaragoza, en 1413; y en Alcalá de Henares, en 1450 (Anglés-Pena, *Diccionario de la Música Labor*, tomo II, pág. 1681).

En el siglo XV aparece la primera música compuesta expresamente para nuestro instrumento, concretamente en Alemania, así como las primeras «tablaturas» o escritura típica de órgano que en España se llamará «cifra» porque se hace a base de números en vez de los signos musicales que llamamos notas.

El órgano que, según hemos dicho más arriba, encontró fuerte oposición por parte de la iglesia de los primeros siglos, acaba por convertirse en el instrumento litúrgico por excelencia. Épocas hay en las que todas las iglesias, especialmente las catedrales, rivalizarán por poseer los mejores y más grandes instrumentos. Como consecuencia de ello surgen por toda Europa los más famosos organeros, los más variadas y típicas escuelas nacionales, virtuosos intérpretes y un repertorio amplísimo.